

# Mi Amigo Emilio Belaval

Por AMELIA AGOSTINI DE DEL RIO

El Imparcial  
3 abril 1972 p. 11-A

**AYER** cuando me enteró Benjamin Arnaido Meyners de que Emilio estaba grave —porque bien sabe Benjamin cuanto le quería— llamé unas siete veces al hospital pero nadie cogió el audifono. Por estar enferma no fui a verlo como eran mi deseo y mi deber. Escribí entonces una carta a Josefina para decirle que tanto ella como Emilio estaban en mi pensamiento.

Hoy Viernes Santo, sumergida en la poesía de San Juan de la Cruz, para no abatirme con el recuerdo de mis desaparecidos, recibo la noticia de la muerte de mi por tantos años querido amigo. Era Emilio un muchacho cuando le conocí. Cursaba el primer año de Derecho en nuestra Universidad. Yo era maestra en la Escuela Superior de Santurce, donde él tenía aún muchos amigos. Nos conocimos y nos unió en seguida el amor por el teatro. Y fueron tres años —del 23 al 26— en que en el Olimpo o en el Teatro Municipal hacíamos funciones, con la colaboración de Rafael Cabrera, de alumnos míos y otros amigos a quienes arrastraba nuestro entusiasmo.

**EMILIO** decía bien, muy bien y se crecía en escena. Yo me sentía segura y feliz actuando con un muchacho responsable, que tomaba los ensayos en serio, y que tenía memoria y tablas. Le dirigí en unas obras, me dirigí en otras y colaboramos escribiendo una comedia. Lo mejor de esta colaboración fue el placer de estar conversando y discutiendo. Germán Malaret daba a veces un salto de su mirador en la Calle Wilson al balcón donde nosotros escribíamos. Ahí se terminaba por esa tarde el garrapatear papeles. Pero ¿y lo bien que lo pasábamos hablando de todo lo divino y lo humano?

Cuando se fue a hacer la propaganda para la representación de la comedia que escribimos —**La Romántica**— nos pidieron una fotografía. Nos la hizo Miguel A. Colorado. Mi marido —entonces era mi novio— nos colocó sentados, con las espaldas juntas. Es un bello retrato que luce su juventud sobre mi piano. Todos reconocen a Emilio. A mí, pocos.

**A TRAVES** de los años nos carreamos alguna que otra vez. Nos vimos en Colorado, en Nueva York y en Puerto Rico. Pero yo nunca

lo olvidé. Ni él a mí. Si me hicieran de la Academia de Artes y Ciencias, a él se lo debo.

Ahora en Puerto Rico le vi poco. Estaba muy metido en su casa. Una noche en que le hallé en el Conservatorio le eché lo que intentaba ser un rapapolvo. —“Pero, hijo, ¿qué te pasa? Estás hecho un juey. ¿Estás presumiendo de viejo? ¡Y eres mucho más joven que yo!”. El se reía. Luego en unas cobas que di cuando vino mi hija el año pasado—la “Carmencita de las lindas trenzas” como dijo cuando la conoció niña— Emilio y su familia llegaron los primeros y se marcharon los últimos. Esto me llenó de alegría.

**SON RECUERDOS**, insignificantes de una vieja amistad, de una gran amistad de cuarenta y nueve años.

He disfrutado leyendo los cuentos originales de Emilio y oyendo conferencias suyas. Nunca logré ver representadas sus obras teatrales.

**YO SE** que ha muerto un ilustre puertorriqueño. Yo sé que ha muerto un hombre que nos honró. Pero lo que me conmueve a mí es la muerte del amigo. Del amigo inteligente, desprendido, de buen humor, ocurrente, afectuoso, siempre caballero y dotado de una gran elegancia espiritual. Quedan los libros y seguirán hablándonos sus palabras desde las páginas impresas. Pero lo que se nos ha ido es su voz—de tan hermoso timbre—, sus ojos, tan melancólicos a veces, la mano cálida que apretaba la nuestra, el corazón que hacía suyos nuestros goces o nuestro dolor.

**Y SE NOS** ha ido calladamente, la noche del Jueves al Viernes Santo, días de melancólicas emociones recordando mi adolescencia, una adolescencia en que sentía ya la atracción de los valores espirituales. Con el mismo silencio, con la misma sencillez con que desapareció del escenario después de recibir calurosos aplausos. Se nos ha ido Emilio y ha bajado el telón en un silencio sobrecogedor.

Pero yo estoy segura de que, como el espíritu del poeta, el espíritu de Emilio “errará nostálgico” por esta tierra donde nosotros, sin poder hacer otra cosa, nos quedamos llorando, llorando abundantes lágrimas con una pena muy honda. Viernes Santo.